ellos, viendo que el cobertizo junto al cual estábamos, ya que no fuese una defensa contra las balas, servia cuando menos para resguardarnos del sol, cogió una tea encendida, picó espuelas á su caballo, y atravesando entre nosotros, la arrojó sobre el techo del cobertizo que era de paja. La tea no alcanzó ni causó daño alguno, mas no por esto dejaba de ser aquel un acto de temeridad, y como viese que mis compañeros apuntaban á su enemigo, esclamé: ¡No hagais fuego, es un valiente!»

«Todos bajaron sus armas: era una satisfaccion para mí ver con que docilidad se apresuraban aquellos hombres á satisfacer mis deseos: una palabra mia bastaba para animar á los heridos ó para infundir valor á los que vacilaban.

«Cuando ví que el enemigo, diezmado por nuestro fuego, dudaba en repetir sus ataques, pero no antes, dí la órden de retirada, y despues de recoger los heridos, efectuóse esta en el mejor órden, y sin dejar de hacer fuego sobre nuestros adversarios. Afortunadamente habia salido yo ileso de la refriega y esto me permitió tomar perfectamente todas mis disposiciones para que el enemigo no nos molestase.

«Los pocos legionarios que no estaban heridos entonaban himnos patrióticos á los que contestaban en coro sus compañeros; nuestros enemigos no comprendian lo que significaba aquello.»

La retirada fué muy penosa para la legion, sobre todo á causa de la sed que nos aquejaba: algunos hombres arrancaban raices del suelo para estraer su jugo y otros chupaban balas con el objeto de refrescarse un poco la boca, mas al fin llegó la noche con su deliciosa frescura y se pudo apresurar la marcha en direccion á un bosque que habia á corta distancia. Al llegar á él, vió la reducida tropa algunos caballos del enemigo que pastaban tranquilamente, y habiendose practicado un escrupuloso reconocimiento, descubrióse que los ginetes estaban acampados cerca de allí, precisamente en el sitio por donde debian pasar los legionarios. Sin embargo, entrada la noche, Garibaldi formó su fuerza en una sola columna, mandó calar bayoneta, y atravesó con la mayor rapidez por entre sus enemigos, los cuales aunque sorprendidos tan de improviso montaron presurosos para emprender la persecucion. Los legionarios tuvieron tiempo no obstante para alejarse á cierta distancia, ganaron una espesura, y rodilla en tierra y carabina en mano, aguardaron la llegada de sus perseguidores, que no tardaron en aparecer, pero cuando estuvieron cerca, dióse la órden de hacer fuego, y tan mortífera fué la descarga que los pocos que no cayeron, apelaron á la fuga, creyendo sin duda que el bosque estaba lleno de enemigos. Gracias á esto, pudo llegar la tropa á su destino sin otro contratiempo.

Entretanto, la reducida guarnicion de la plaza, compuesta solo de 40 hombres, muchos de ellos heridos, al mando de Anzani, se habia visto en inminente peligro. Una numerosa fuerza enemiga rodeó la plaza, intimando la rendicion á sus defensores, pero Anzani contestó que si se intentaba el asalto, pegaria fuego al polvorin sin vacilar un momento. Gracias á la heroica intrepidez de aquel hombre, evitóse que Garibaldi y los suyos cayeran todos prisioneros al llegar.

Dos dias despues, Garibaldi escribió una carta á los individuos de la legion que estaban en Montevideo, dandoles cuenta de los últimos combates que habian tenido lugar en San Antonio, y al leer aquella sencilla é interesante relacion, todos sintieron no haberse hallado con su jefe para alcanzar su parte de gloria. He aquí el contenido de este documento.

Montevideo.

«¡Hermanos!

«Antes de ayer, en las llanuras de San Antonio, á legua y media de la ciudad, hemos empeñado la mas terrible y gloriosa de nuestras batallas. Las cuatro compañías de la legion y una escasa fuerza de caballería que se habia agregado á nosotros, no solo se defendieron contra 1200 hombres de Servando Gomez, sino que aniquilaron completamente su infantería, compuesta de 300. El fuego comenzó á mediodia y terminó á media noche, y aquí debo decir, que ni la superioridad numérica del enemigo, ni sus repetidos ataques, ni las furiosas cargas de la caballería, ni nada en fin, bastó para vencernos, aun cuando para resguardarnos del horroroso fuego que se nos hacia, no teníamos sino un cobertizo. Los legionarios rechazaron

todos los ataques; los oficiales se batieron como simples soldados en aquel dia memorable, y Anzani, que habia quedado en la plaza, y á quien intimó la rendicion el enemigo, contestó, mecha en mano, que haria volar el polvorin si se intentaba el asalto.

«Hemos tenido 30 muertos y 53 heridos; entre estos últimos se cuentan todos los oficiales escepto Scarone Saccarello, el Mayor y Traversi, pero no hay ninguno de gravedad.

«No renunciaria á mi título de legionario de Italia por todo el oro del mundo.

«Este sangriento combate será memorable por todos conceptos; mis bravos compatriotas se han cubierto de gloria.

«Yo os saludo, y os prometo daros nuevos detalles en otra ocasion.

«Giuseppe Garibaldi.»

La siguiente *órden del dia* bastará para que se comprenda cuanta fué la satisfaccion del Gobierno al tener conocimiento de la última victoria de Garibaldi.

«Para dar á nuestros bravos compañeros de armas, que se han inmortalizado en las llanuras de San Antonio, una relevante prueba del gran aprecio que nos merecen:

«El Ministro de la guerra ordena:

1.º «El dia 15 del corriente se remitirá á la legion italiana una copia del siguiente decreto:

«Se espedirán las órdenes oportunas á fin de que se verifique una gran parada en la calle del Mercado, distribuyendose todas las fuerzas en el órden que crea conveniente el Estado Mayor.

2.º «La legion italiana se reunirá en la plaza de la Constitucion donde le será entregada la siguiente copia por una comision presidida por el coronel Francisco Tajes, y compuesta de un capitan, un oficial, un sargento y un soldado de cada uno de los cuerpos que guarnecen esta plaza.

3.º «Hecha la entrega, la comision desfilará por delante de la legion italiana, que será saludada por todos los jefes de los diversos cuerpos á las gritos de ¡Viva el pais! ¡Viva Garibaldi y sus bravos compañeros!

4.º «Los regimientos estarán formados en línea á las 10 de la mañana.

5.º «Se remitirá una copia auténtica de esta órden del dia á la legion italiana y al general Garibaldi.

«Pacheco y Obes.»

He aquí el contenido del decreto:

1.º «En la bandera de la legion italiana se inscribirán las siguientes palabras en caracteres de oro:

«*Accion del 8 de febrero de 1846, por la legion italiana á las órdenes de Garibaldi.*

2.º «La legion italiana ocupará un lugar preferente en todas las paradas.

3.º «Los nombres de los muertos en la batalla serán inscritos en una tablilla que se colocará en la sala de sesiones del Gobierno.

4.º «Todos los legionarios llevarán como distintivo, en el brazo izquierdo, un escudo con una corona y la siguiente inscripcion:

«*Invincibili Combatterono l' 8 Febrayo, 1846.*»

Deseando Garibaldi honrar la memoria de los legionarios que habian caido á su lado en la accion del 8 de febrero, dispuso que se levantase en el campo de batalla una gran cruz, en uno de cuyos lados se leia la siguiente inscripcion:

«*A los XXXVI italianos que murieron el 8 de febrero de MDCCCXLVI.*»

Y al otro lado

«*CLXXXIV italianos en las llanuras de San Antonio.*»

Despues de aquella ruidosa batalla, el almirante Lainé, jefe de la escuadra francesa, poseido de la mas profunda admiracion, escribió á Garibaldi la siguiente carta:

«Os felicito, mi querido general, por haber contribuido tan poderosamente con vuestros heróicos esfuerzos á la ruidosa victoria de que se hubieran envanecido hasta los soldados del gran ejército que por algun tiempo dominó á la Europa entera.

«Os felicito tambien por la sencillez y modestia con que referís en vuestro parte los pormenores de un hecho de armas cuyo brillante éxito se debe tan solo á vuestra reconocida bravura.

«Esa modestia os ha granjeado la simpatia de personas que saben apreciar lo que habeis hecho durante los seis meses últimos, personas

entre las cuales figura nuestro ministro plenipotenciario, el baron Deffandis, en quien teneis un firme defensor, y el cual ha escrito á Paris con objeto de combatir la desfavorable impresion que hubieran podido producir ciertos artículos escritos por hombres poco acostumbrados á decir la verdad, aun cuando refirieran hechos ocurridos á su misma vista.

«Recibid, general las seguridades de mi mas sincero aprecio.

«Lainé.»

El almirante habia resuelto visitar al héroe á quien tanto admiraba, y por fin le encontró en una miserable vivienda cuya puerta no podia cerrarse, y á través de la cual penetraban el viento y la lluvia. Véase como describe Garibaldi aquella entrevista.

«Era de noche; el almirante Lainé empujó la puerta, y como no habia luz en la habitacion, tropezó con una silla.

«¡Hola! exclamó el bravo marino, ¿será absolutamente preciso romperse la cabeza cuando uno viene á ver á Garibaldi?

«¡Mujer! grité yo sin reconocer la voz del almirante, ¿nó oyes que entra alguno? trae una luz.

«¿Y de dónde la he de sacar? repuso Anita, ¿nó sabes que no tenemos ni dos cuartos para comprar una bela?

«Es verdad, repliqué yo, abriendo la puerta de la habitacion donde me hallaba.

«Y dirigiendome al que me hacia el honor de visitarme, le dije:

«Por aquí, por aquí, amigo mio.

«El almirante entró, pero estaba todo tan oscuro que hubo de decirme su nombre para que yo supiera con quien hablaba.

«Almirante, le dije yo, os ruego me dispenseis por semejante recibimiento; cuando hize mi ajuste con la República de Montevideo, se me olvidó especificar las belas, á la vez que las raciones, por lo cual, segun os ha dicho Anita, no teniendo dos cuartos para comprar una, la casa está á oscuras. Afortunadamente, creo que vendréis para hablar conmigo y no para verme.»

Terminada la entrevista, el almirante fué á ver al ministro de la guerra para referirle lo que habia visto, y este dispuso inmediatamente que se remitiera cierta suma al general, quien la repartió entre sus compañeros sin guardar para sí ni un cuarto.

Algun tiempo despues estalló la guerra civil; Ribeira volvió del destierro como un conquistador y subió al poder.

El dia 20 de Mayo se dió una reñida batalla en las orillas del Dayman, y en ella se distinguieron Garibaldi y sus compañeros, que por aquella vez alcanzaron tambien la victoria.

Ribeira, que ya habia dado á Garibaldi y á sus compatriotas una prueba de su generosidad, y que tenia entonces el mando supremo, ofreció al general, en nombre de la República, una magnífica hacienda, donde por algun tiempo fué el valeroso caudillo tan feliz, como podia serlo fuera de Italia. Su aficion al campo y á la agricultura contribuia á que se dedicase con gusto á la vida de labrador, apreciando en lo que valen los tranquilos goces de la vida doméstica.

Por lo demás, su casa era el punto de reunion de todas las personas mas notables de Montevideo.

Los diplomáticos ingleses y franceses habian intervenido en los asuntos públicos, y despues de muchos errores, hicieron algun bien. El infame Rosas vivió lo bastante para sufrir una vergonzosa derrota y verse desterrado; cuando en 1846 fué recibido Garibaldi con entusiasmo por el pueblo de Southampton, Rosas vivia en dicha ciudad, rico, sí, pero oscuramente, y despreciado por todos aquellos que conocian su vida y antecedentes.

En 1847, recibiéronse en Montevideo estrañas noticias de Europa: estábanse preparando los acontecimientos en los cuales debia tomar Garibaldi una parte muy activa.